

*Comportamiento ciudadano  
en el espacio público de dos cruces  
viales de la ciudad de Cali*



Marco Alexis Salcedo



## *El problema de investigación: el conductismo en los estudios de los usos sociales del espacio público<sup>7</sup>*

Como es de conocimiento para las personas que académica o laboralmente tratan con el tema del espacio público, existen diferentes estudios y diagnósticos que desde diversas perspectivas analizan las acciones regulares de los ciudadanos en estos espacios. Con relación a las prácticas que se observan en los cruces, se destaca una publicación, la única encontrada en nuestro medio, realizada por la Corporación Centro de Estudios Investigación y Comunicación Social, CEICOS y por el Observatorio de Cultura Urbana del Instituto Distrital De Cultura y Turismo, Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá, en la que se describe los comportamientos ciudadanos en diez cruces, los cuales se explican mediante la identificación de las actitudes y motivaciones de base que originan dichos comportamientos. En esta investigación, el concepto clave es el de “actitud ciudadana”, que según se muestra en el texto, es producto de —y afirma— una serie de razones aceptables o cuestionables para justificar toda forma de comportamiento. Un ejemplo de esta forma de comprensión es el siguiente: “Hay peatones que observan las señales, pero de todas maneras hacen caso omiso de

---

7. Este documento se basa en el informe técnico entregado por el profesor Jorge Eduardo Moncayo sobre los usos sociales del espacio público en los cruces viales de la Calle 5 con 66 y en “Puerto Rellena”. La parte de este documento correspondiente a la discusión conceptual es una síntesis del marco teórico elaborado por el mismo autor y por el monitor de la investigación Jorge Perea, corregido posteriormente por Marco Alexis Salcedo, y que se halla a plenitud desarrollado en el artículo de Eduardo Moncayo “Dramaturgia urbana en el espacio público de dos cruces viales de la ciudad de Cali: una lectura desde el construccionismo social del espacio antropológico urbano”.

su mensaje y actúan según su intuición. Entrevistador: ¿Por qué se cruzó de esa manera? Peatón: Pues de pronto fue algo inconsciente, pero tienes toda la razón, pienso que está mal hecho. El hecho de que uno cruce sobre todo cuando viene tremenda tractomula... pero fue algo inconsciente..." (CEICOS, 1998, p. 46).

Contrasta la propuesta conceptual adoptada por CEICOS en este estudio con la que emplearon Carlos Niño y Jairo Chaparro en una investigación que originó el artículo "El espacio público en algunos barrios populares de la Bogotá actual" (1997). En este texto afirman:

"Los usos y costumbres que acontecen en los espacios públicos, ya sea que tengan el carácter de tradiciones, tendencias generales o eventos esporádicos, son un excelente termómetro para determinar los grados de la integración social, los alcances de los sentidos de pertenencia, las capacidades de apropiación de lo público y los niveles de democracia obtenidos en un barrio, una zona o una ciudad. Es decir, el análisis de los usos y significados que se dan allí, resultan determinantes para la comprensión de los procesos de afianzamiento, estancamiento o pérdida de identidades culturales" (Niño y Chaparro, 1997, p. 75).

Los conceptos clave que Niño y Chaparro utilizan para analizar las acciones de las personas en el espacio público son los de "significados" y "usos". La confluencia de esos dos conceptos les permite decir lo siguiente de lo que ocurre en las canchas deportivas de los barrios capitalinos.

"Son asimismo cruciales las canchas deportivas, nodos que aglutinan sobre todo a los jóvenes. Por lo general se trata de canchas con aros de baloncesto y porterías de microfútbol, en las cuales a veces se improvisa una malla de voleibol, o se practica el jockey así sea sin patines y con escobas; aunque muy pronto los tableros y arcos se destrozan y otras veces el piso exige una suerte de deporte-cross para eludir huecos, fisuras e irregularidades. Junto con las bancas de las graderías, estas canchas sirven también de sede al *parche* juvenil que allí danza, recocha, ensaya luchas y boxeos, hace planes, habla de conquistas y despechos, escucha música, fuma, comenta y, sobre todo, pasa el tiempo. Igualmente es el entorno propicio para el grafiti. Es así uno de los lugares más intensos y propulsores de cultura barrial, un hito comunitario, un hogar urbano" (Niño y Chaparro, 1997, p. 76).

Por supuesto, otra hubiera sido la descripción que habrían realizado los autores si el concepto guía empleado para analizar las acciones de los jóvenes en las canchas deportivas hubiera sido el de actitud, y los hubieran interrogado, verbigracia, por las motivaciones de quienes hacen mal uso de las canchas deportivas o de quienes rayan inconvenientemente los escenarios deportivos con grafitis.

Pudiera decirse que una cuestión es abordar espacios públicos que favorecen el encuentro –una cancha deportiva–; otra es analizar espacios públicos cuya función predominante es la de tránsito –los cruces–. Esta característica de los cruces, que determina que la gran mayoría de los habitantes de una ciudad lo utilicen ante todo como punto de paso, y sus tiempos de estadía sean extremadamente cortos, hace creer que sólo es útil un concepto que permita aprehender de manera escueta la realidad humana tan regulada como incierta y efímera que se da ahí. Sin embargo, la propuesta que aquí hacemos es que hasta en esos contextos del espacio público se requiere un modo de percibir la fenomenología urbana que reconstruya el entramado de sentido que opera en los intercambios e interacciones que ocurren en un escenario específico, el cual nos debe poner en guardia contra los proyectos moralizantes que se suscitan cuando se observan las acciones de “uso inadecuado” del espacio público. Dice García Canclini que un trabajo acrítico sobre la fragmentación de la ciudad y de sus discursos suele caer en dos trampas: reproducir en descripciones monográficas la fragmentación urbana sin explicarla, o simular que se la sutura y optar por la explicación de los informantes más débiles. El populismo metodológico de la antropología, agrega Canclini, se vuelve entonces el aliado “científico” del populismo político (Canclini, 2000, p. 75).

El desafío que pretendió asumir este microestudio es evitar estas dos trampas de que nos advierte Néstor Canclini, y reconocer que en los estudios de antropología urbana el asunto menos importante es el de aportar insumos académicos que sirvan para moldear actitudes ciudadanas que se traduzcan en una ciudad “cívica”, “organizada”, “regulada”, en últimas, “feliz”, pues resulta de mucho mayor relevancia contribuir a que en la ciudad se extiendan los espacios significativos de intercambios sociales y culturales, promotores de la identidad social de un pueblo, y de la acción ciudadana autónoma en un contexto democrático de libertad y justicia.

En conclusión, este texto es básicamente una propuesta académica que conmina a los investigadores de ciudad a que desarrollen proyectos de estudio del espacio público que resalten la condición interdependiente que tiene toda acción humana con todo lo simbólico, social y político en el que ésta se realiza

y a la cual ella representa. La acción de un individuo en el espacio público no es mero producto de los contenidos bien o mal introyectados de una abstracta moral cívica, la que hoy día se conoce como cultura ciudadana; los seres humanos no son simples máquinas programadas y programables para que actúen en una dirección determinada. La acción de un individuo en el espacio público es representativa de las tensiones sociales a las que son sometidos los sujetos en su vida en sociedad; habla también de sus demandas subjetivas satisfechas o no realizadas, de las posibilidades que la ciudad les brinda para desarrollar una vida con sentido, entre otras cosas. Si los estudios urbanos que se realizan no reflejan tales aspectos, creemos que difícilmente podrán contribuir a la conformación de un país libre y justo para todos sus ciudadanos.

## La cotidianidad de la vida urbana como objeto de estudio

Cómo estudiar el comportamiento cotidiano de las personas en el espacio público cuando se sabe que tal espacio es un lugar abierto, sujeto a la emergencia de múltiples y en ocasiones imprevistas situaciones, y cuando las personas que lo habitan son numerosas, con intereses, motivaciones y formas de percepción diversos. Este microestudio partió del supuesto de que una aproximación investigativa a las acciones de los transeúntes del espacio público requería concebirlas como productos de un sistema antropológico interdependiente, en el que las interacciones de grupos de personas en un espacio de la ciudad generan un sentido colectivo susceptible de ser leído en un contexto social. Es decir, la forma en que se desenvuelven los habitantes del espacio público no es fortuita en cuanto a su forma y contenido; por el contrario, se trata de fragmentos que conforman un todo significativo en el que hay una intencionalidad y un sentido social que se desprende de lo que cada transeúnte realiza.

De acuerdo con Erving Goffman y su obra *The presentation of self in the everyday life*, de 1959, ese todo significativo es dramático, lo que define el espacio público como un escenario teatral en el que se realiza una puesta en escena que surge en la interacción. La metáfora del teatro que él emplea presupone una estructura escénica para la fenomenología humana que emerge en el espacio público. De este modo, las situaciones que transcurren en el tiempo-espacio del cruce conforman un entramado de significaciones que se articulan las unas con las otras para la conformación de una escena con múltiples lecturas para cada uno de los interactuantes. Por esto el transeúnte logra, con un relativo margen de error, otorgarles significado a la presencia y actos que desarrollan

las personas desconocidas, y ello porque dispone de un mecanismo interpretativo de las acciones de los otros que las hacen un todo significativo. Se trata de esquemas de interpretación para localizar, percibir, identificar y nombrar eventos y ocurrencias, para relacionar entramados de significados, organizar experiencias y guiar acciones. Por consiguiente, a pesar de la infinitud de posibles actividades que se pueden manifestar en el espacio público, a pesar del número indeterminado de actores que pueden participar en ese escenario, los usuarios del espacio público, en términos generales, saben qué ocurre allí, pues otorgan un sentido a la acción vivida o percibida, que marca el modo en que un sujeto puede registrarla, recordarla y relatarla a otros.

Goffman plantea que el mecanismo hermenéutico empleado consiste en concebir las acciones de los individuos como escenificaciones que tramitan “dramas” humanos. Es decir, disponemos de un juego de lenguaje que conlleva percibir las acciones de los otros como fenómenos espectaculares (de espectáculo). Agrega Goffman (2006) que “si tomamos un determinado participante y su actuación como punto básico de referencia, podemos referirnos a aquellos que contribuyen con otras actuaciones como “audiencia”, los “observadores” o los coparticipantes” (p. 27). En síntesis, la textualidad de la acción ciudadana es dramaturgica. Luego, en la ciudad no vemos a personas que realizan simples actos; vemos a personas envueltas en determinados dramas. Entender lo que el otro hace es aprehender el drama al cual él se encuentre ligado. Si bien los roles que los ciudadanos en el espacio público interpretan no informan detalles importantes de sus vidas, de todos modos ofrecen información básica necesaria para orientar a los otros en su desenvolvimiento escénico.

Según la propuesta de Goffman, los dramas suponen que las personas cumplen “papeles” o “roles” con sus actos desarrollados en el “escenario” urbano, que además de constituir la experiencia perceptiva de la ciudad y sus habitantes, determinan la experiencia que se evoca y que pervive en la memoria colectiva de una comunidad. Los roles que los dramas establecen son “pautas de acción preestablecidas que se desarrollan durante una actuación y que puede ser presentada o actuada en otras ocasiones” (Goffman, 2006, p. 27). Aunque se constituyen en determinantes previos de la acción, no afirman la existencia de un único rol o papel para cada usuario del espacio, y mucho menos la interpretación de un único rol a lo largo de la vida de una persona. Por el contrario, Goffman muestra que a cada momento y en todo lugar cambia permanentemente de rol, según su escenario urbano. Se espera igualmente que las personas dispongan de la capacidad de adecuar cada rol de acuerdo con la situación que se presenta en la realidad social. Siendo así, el usuario del espacio público no es abordado

simplemente como cumpliendo un exclusivo rol, toda vez que se le atribuye una condición de transformador simbólico del lugar que territorializa. Cada usuario del espacio público es un actor social inscrito en interacciones con otros, habilitado para actuar en variadas formas escénicas en un entramado de posibles y diferentes roles sociales. Verbigracia, un personaje del escenario urbano puede ser un vendedor ambulante; pero las circunstancias del día pueden habilitarlo como un vigilante, o un paramédico ante la situación de alguien que ha sufrido un accidente en su zona de influencia directa.

Es esperable que los participantes de un escenario urbano tengan un preconocimiento de las actividades que realizan los actores del entorno. Este proceso abre paso a idealizar el repertorio de relaciones funcionales que se establecen entre los actores sociales para determinadas situaciones, lo que permite articular una dimensión de aprendizaje de la vida social. Es decir, si una persona no ha sido educada en torno a estas expectativas sociales, un gran segmento de las acciones que presencie en su tránsito por el espacio público le resultará extraño. El proceso de aprendizaje social presupone la accesibilidad cognitiva y afectiva al territorio de lo público, en tanto que el transeúnte sabe para qué es utilizado un objeto, así como cuáles son los fines que quisiera alcanzar otro al ejecutar determinada acción. Esta educación tiene, entonces, el poder de determinar la manera de relacionarse entre los individuos, la manera de percibir y de reaccionar ante la realidad al tramitar a través de cada objeto singular del mundo familiar (cosas, formas, personas, sucesos) una apercepción cultural de los objetos. Los objetos “personas” son por consiguiente aprehendidos cognitivamente y afectivamente por medio del bagaje cultural de una sociedad, (el sistema de roles integrado a un entramado dramático) en el que cada individuo tendrá la necesidad de ser socializado para interpretar con relativo acierto las conductas de las personas.

En conclusión, los individuos, en su condición de transeúntes en los espacios públicos, ocupan posiciones determinadas que le permiten identificar, a la vez que ser identificados por los otros; es así como se sostiene la posibilidad de relacionarse con los demás. Y para poder comprender los códigos comunicativos que vinculan a un sujeto con los demás se requiere identificar la estructura de sentido en juego, el drama que se representa en el escenario de la calle. Esto significa, por ejemplo, que el significado que adquiere un separador vial no se reduce al de tarima para que un niño de siete años actúe como vendedor de periódicos en un cruce de la ciudad de Cali; su simple rol no nos informa de los móviles que impulsan las conductas de los otros para interactuar con ese niño. Más allá de esto, su significado es “lugar de trabajo para niño que se encuentra en condición de desamparado”. Las acciones, indumentaria, gestos y palabras de este niño



son vehículos signícos que pretenden comunicar a los individuos expectantes un significado enteramente obvio en el contexto en que se movilizan. El drama humano que revela y soporta ese separador vial es el de los niños trabajadores de la calle. De hecho, la efectividad para conseguir sus objetivos está marcada por la comprensión que cada transeúnte haga de ese drama. El juego de ese niño es el de la supervivencia y el desamparo, que no debería corresponder a su edad, dada la legislación que opera en nuestro país. El espacio público es un envoltorio de drama. Drama de la vida en la ciudad, drama de la muerte, del trabajo, de la supervivencia, entre otros. Por ello, concluye Goffman (1959) “La vida puede no ser un juego (*gamble*), pero la interacción lo es”.

## Presentación de resultados

En consideración con la lectura escénica de lo acontecido en ambos cruces, y a través de lo narrado por los entrevistados, se hará a continuación una presentación de los resultados obtenidos que revelan tanto aspectos descriptivos de forma (*¿Qué ocurrió? ¿Dónde ocurrió? ¿Quién lo hizo?*) como aspectos de contenido o de interpretación de los eventos observados. La información obtenida se analizó considerando lo planteado por Goffman en su propuesta dramatúrgica, según la cual los transeúntes no tienen un rol prefijado en sus interacciones, sino que desempeñan una actuación conforme a su interés de influenciar la conducta de los otros. Una vez realizadas las observaciones y entrevistas, en ambos cruces se identificaron aspectos comunes en cuanto a los procesos de formación de impresiones de la audiencia acerca de los aspectos simbólicos que determinaban el sinnúmero de roles interpretados por los transeúntes. Los datos de las entrevistas se agruparon por los aspectos reincidentes de una misma actividad o situación en la que se involucraban las personas del espacio, a la vez que se diferenciaban de las otras según sus características. Esto permitió establecer una serie de categorías de los dramas que acontecían en los dos escenarios que son los que a continuación se describen.

### *Drama 1. El cruce como nicho de angustia*

Los cruces son una zona del espacio público particularmente susceptibles de generar angustia en los usuarios. El cruce es un punto más de circulación que sirve para conectar a los individuos con los caminos que deben seguir para llegar a un sitio cualquiera de la ciudad. Lo que resulta particular en ese tránsito es que las personas, peatones o conductores que pasan por el cruce se esfuerzan por no detener su marcha y salvan con celeridad cualquier clase de obstáculo

que les restrinja o impida la continuación de la circulación. Por eso, peatones y conductores transitan por zonas no adecuadas, en momentos no convenientes (por ejemplo, cuando el semáforo está en rojo), y realizan peripecias arriesgadas para ellos o para las personas que se encuentran en el cruce (zigzagueo de peatones y motociclistas entre los carros, giros peligrosos de los carros, etc).



Una gran parte de los usuarios del espacio público adoptan un afanoso paso por llegar a algún lugar, lo que constituye el cruce en un espacio esencialmente sociófugo, en el que los principales acontecimientos refieren a los eventos que causan interrupciones en el flujo de las personas. Casi todos los usuarios compiten por ganarse

el derecho de pasar, por lo que los intercambios comunicativos con los otros se restringen a diálogos mínimos, en ocasiones muy agresivos, para coordinar con éxito el tránsito por la zona.

Para los entrevistados, en términos generales los sujetos de este drama son personas a quienes simplemente no les interesa establecer vínculos con otros al circular por el espacio público; lo recorren obviando lo dispuesto en la escenificación del cruce, pues su pragmática es alcanzar un punto de llegada incierto. En otras palabras, este no es un espacio para hacer amigos sino para vencer a usuarios contrincantes del espacio. En ese sentido, tal como nos refirió una persona, el ver a dos conductores de taxis hablando o vociferando entre ellos lo más probable es que ese diálogo se interprete como motivado en recriminaciones o intimidaciones mutuas para determinar quién pasa primero, que como un saludo de amigos que se han encontrado en ese momento. Las exhibiciones de fuerza física y de agresividad hacia los otros se observan con frecuencia en los cruces.

Ahora bien, los cruces inevitablemente implican un corte efectivo o potencial de la circulación de las personas, y con ello la introducción de una espera, circunstancia que explica por qué con frecuencia se escuchó en los entrevistados esta expresión: “Ellos están esperando a que...”. Esta expresión se completaba de variadas maneras: “...a que cambien el semáforo”; “...a que llegue el bus”; “...a que llegue un cliente”; “...a que pase el carro”, etc. De este modo, desde distintos roles, múltiples personas se veían agobiadas por esta situación: los

conductores del servicio público de transporte y de carros particulares; los pasajeros de dichos medios de transporte; los peatones que aguardaban subirse a algún bus; hasta los trabajadores informales, que esperaban la llegada de algún cliente o del cambio de semáforo para que pudieran ofrecer a los conductores de los carros particulares el servicio de limpieza parabrisas, a los conductores de buses, el servicio de registro de tiempo, o a quien lo requiriera, productos de consumo.



El punto a destacar es que en forma predominante la espera parecía connotar malestar subjetivo: impaciencia y hasta angustia de quienes sólo anhelan continuar su circulación, o desaliento de quienes no consiguen clientes. Por esa razón, son estos espacios muy susceptibles de accidentes y de toda clase de inconvenientes



que padece la ciudad; son puntos urbanos que despiertan la mayor emotividad posible en las personas, pues concentran a muchos individuos en espera de ser recompensados con la llegada de la luz verde del semáforo, o con el ansiado cliente que paga por el producto o por el servicio que se le ofrece. Y cuando eso que es ambicionado se retarda en llegar, el dinero o la luz verde, es obvio que esta situación genere la irritabilidad o el decaimiento que parecen reflejar las caras de las personas.

Pero debe advertirse lo siguiente: el afán de los conductores de carros particulares y públicos por avanzar pareciera a veces rayar en los límites del desespero, sin que resulte del todo comprensible su grado de inquietud. Mínimos retardos de los carros por arrancar apenas cambia el semáforo de rojo a amarillo para colocarse luego en verde, generan en los conductores conductas frenéticas como el pitar con obcecación hasta que el carro de adelante marche, o giros arriesgados e intempestivos de los carros que esperan atrás para superar el vehículo de adelante

que no arranca o avanza con rapidez. Las personas parecieran estar dispuestas a no perder ni un solo segundo del que imponen los semáforos. Seguramente esta situación en parte se debe a que muchos conductores se encuentran retardados para llegar al sitio donde se dirigen. Sin embargo, la generalidad de estas conductas en los conductores, que se repetía con constancia una y otra vez, casi que con cada cambio de luces de los semáforos, desmiente a aquella como la razón principal, pues es difícil sostener que *todo el que pasa por ahí tiene una cita a la que va retrasado*. Los datos indican que se ha tornado un hábito colectivo la ansiedad e impaciencia de quienes pretenden circular por el espacio público, de modo tal que toleran muy pocas situaciones que impliquen demora en su desplazamiento, así no tengan afán por llegar a su destino. De manera general, esta situación se hace comprensible como expresando el clásico enunciado de “*el tiempo es oro*”, determinada en un hipotético esquema de sentido del segundo/peso; es decir, como si cada segundo de más en las vías representara desperdicio o mayor gasto de dinero por parte del usuario del espacio público. Esta es una forma muy plausible para explicar esta situación, lo que implica otras preguntas: si es así, ¿qué la ha causado?; ¿qué la justifica ante el colectivo que somos todos?; ¿el ritmo de la ciudad?; ¿el temor al encuentro con los otros? El porqué nos tornamos seres de la angustia y del afán que habitan el espacio público es una inquietud no resuelta que se requiere vislumbrar si se aspira a promover este ámbito de la ciudad como un contexto que posibilita el encuentro con los demás.

### ***Drama 2. El cruce como sitio de trabajo***

Los cruces son indiscutiblemente sitios en los que se observa a muchas personas que realizan toda clase de actos. Tal como se ha mostrado, los usuarios del espacio disponen de una serie de esquemas generales que les permiten conferirle sentido a esa plétora de acciones; esquemas que revelan, más que motivaciones caprichosas o individuales en las acciones de los sujetos, necesidades de un colectivo de la ciudad que pretenden ser satisfechas desde lugares de inclusión. Es así como se identificó en los cruces a un grupo de sujetos, los trabajadores informales, que se han apropiado de este espacio de todos, y a la vez de nadie, que es el cruce, para constituirlo en su sitio de trabajo. Los usuarios de los cruces reportaron claramente poder reconocer a quienes se desempeñaban como trabajadores informales, probablemente porque el éxito de la actividad productiva que desarrollaban dependía de lo obvio que hacían, como también por lo arraigado que ya se halla en nuestra idiosincrasia cultural la existencia de estos personajes en las calles.



Ciertamente, los informales no son los únicos trabajadores que registramos en los cruces. Detrás de ventanillas, o a través de puertas de vidrio transparente o polarizado de locales comerciales formales, se observaba, a veces furtivamente, a personas que desempeñaban distintas labores: aseo de los locales, venta de servicios (chance) o productos (panaderías, papelería, fotocopiadora, etc.). Su interacción con las personas que pasaban por el espacio público no era tan directa, y quizás por eso solían ser mejor valorados en comparación con los trabajadores informales. Para algunos entrevistados la asociación del rol de trabajador formal con el establecimiento crea un sentido de pertenencia que a la vez produce un grado de confianza, pues si bien no se sabe quién es el empleado como sujeto, consideran que por lo menos se tiene un referente para conocerlo.

En general, los entrevistados mostraron tener una valoración positiva hacia quienes se desempeñan como trabajadores formales, sobre todo porque son vistos como *personas más organizadas, que brindan una mejor atención a los clientes*, lo cual a su vez dejó entrever una condición de rechazo a los trabajadores informales, en la medida que consideran, desde su percepción, que se han sentido acosados o perseguidos por estos. Es decir, la condición de peatón está expuesta a que en cualquier momento su interacción con los informales puede transformarlo en cliente, a veces de manera agradable, a veces desagradable: “Uno no puede dar un paso en tranquilidad cuando le saltan a pedir u ofrecer cosas que a veces uno ni ha pedido, y si no le hace caso al vendedor se pone bravo, como a intimidarlo a uno”. No obstante, los entrevistados afirmaron también que los trabajadores formales no hacen un esfuerzo comparable al del trabajador informal. Un peatón entrevistado señaló que el desempeño de los empleados de locales “en su labor es mucho más fácil de llevar puesto que él no tiene que salir tanto de su espacio”. Esta afirmación permite identificar cierto grado de consideración con los trabajadores informales, al margen de reconocer que ocasionalmente se han molestado con ellos. Los entrevistados manifestaron consideración por el agotador esfuerzo que implica el desplazamiento constante, el pregonar incesante y la competencia por clientes que deben superar diariamente los comerciantes informales.



En los diálogos que se entablaron con algunos informales afirmaban que su actividad productiva no era una opción sencilla de escoger; surgía como imperativo de vida; como se expresa coloquialmente, “*tocababa hacer*”, si querían subsistir en esta ciudad. La apropiación comercial del espacio público era entonces ocasionada por diferentes causas (desempleo,

discapacidad, clacismo, racismo y el analfabetismo, entre otras); obedecía sobre todo a la lucha por un lugar en el sistema de productividad del país que de alguna manera brindara estabilidad y posibilidades de subsistencia a un sector de la población en los márgenes sociales a los que han sido relegados. Para los entrevistados del cruce de la 5ª con 66, el trabajador informal deslució el espacio público cuando hace uso de las señales, los postes, los árboles y los semáforos para exhibir productos o avisos; según un entrevistado, “*ellos son los que dañan lo poquito bueno que hacen para uso de todos*”. En contraste, en “*Puerto Rellena*” esta misma actividad es elogiada como “*malicia*” para los negocios, fenómeno insigne del carácter rebuscador del colombiano, una forma ingeniosa de contrarrestar la naturaleza transitiva en el cruce, una buena estrategia para capturar la atención de peatones o conductores, es decir, una estrategia creativa en la que la condición de necesidad es transformada en una opción para generar curiosidad en los espectadores, la cual a la postre se convertirá en una posible compra.

Llama la atención cómo los trabajadores informales deben portar indumentarias excéntricas para que logren captar la mirada del transeúnte espectador. Algunos informales caracterizan un personaje que amalgama persona y estantería comercial publicitaria, pues sus prendas de vestir son alteradas con el único fin de poder exhibir productos o anunciar sus servicios. Estos vendedores informales “*son los que llevan logos en su cuerpo que son muy vistosos para los clientes, por ejemplo Bon Ice, celular, chalecos con tarjetas de celular...*”. Otros simplemente llevan consigo cajas de productos comestibles que la audiencia asocia de inmediato con los que se venden en buses de transporte público.

En este mismo espacio urbano otros ofrecen servicios, como quienes limpian los parabrisas de los vehículos que se detienen mientras la luz roja del semáforo

cambia a verde. Usualmente estas labores las realizan niños afrodescendientes, sin camisa o con atuendos precarios, que como lo afirman los entrevistados conmueven al espectador. De hecho, ese mal vestir parece constituirse en el mejor rasgo que los identifica ante el auditorio del cruce: de acuerdo con los entrevistados, los informales son básicamente las personas que «viven del rebusque, de ventas de dulces, de drogas o prostitución en los semáforos»; “son las personas que por la forma de vestir y lo que comercian parecen estar sucias y ser pobres”; “es la persona que está mal vestida con el cajoncito de vender dulces”. Es decir, la exhibición de la condición de pobreza resulta de utilidad en su búsqueda lucrativa.

Finalmente, y frente a esta misma audiencia, están quienes realizan algún acto circense como los traga fuegos, saltimbanquis o malabaristas con espadas, quienes exhiben su arte en medio de condiciones poco ortodoxas, pues no es el set del cruce el espacio más adecuado para tales actos riesgosos. No obstante, es la exhibición del acto en estas inconvenientes condiciones aquello que el espectador reconoce como meritorio: “Hay que tener mucha necesidad para ponerse a hacer eso así”. Para los espectadores, quien cumpla con estas condiciones juega un rol de vendedor o trabajador informal, en la medida que son personas que realizan sus actividades laborales deslindadas de un establecimiento privado, quedando lo público como zona potencialmente transformada por completo en su finalidad, como ocurre con el uso que ellas hacen de las cebras, los semáforos, las alamedas, la vía y los andenes. Y es que los trabajadores informales usan arbitrariamente el mobiliario urbano en la medida que lo emplean como estantería de exhibición de sus productos o como soporte de avisos en los que informan acerca de sus servicios, en una constante y agitada actividad competitiva entre ellos, en el afán de captar clientela. En los cruces los informales luchan por granjearse el favor de los conductores o aprovechar oportunidades, ya que es uno de los pocos lugares que la ciudad les ofrece a los marginados del sistema para que puedan sobrevivir.



Para los entrevistados del cruce de la Calle 5ª con Carrera 66 los vendedores informales son descritos como personas procedentes de barrios aledaños, como del sector de ladera, zona reconocida en el imaginario urbano como muy pobre, altamente delincuencial, lo cual es extrapolado a los vendedores informales del cruce y se traslapa al rol de trabajador informal la calificación de delincuente, anudada a referentes lingüísticos peyorativos y clasistas: imprudentes, agresivos, peligrosos, feos, brutos, etc. Es decir, para el transeúnte-auditorio su criterio no se agota en la inmediatez de lo que ve; más allá del rol aparece una evaluación estereotípica de las personas, lo que pone en evidencia cómo la percepción del rol no es del todo fiable para algunos, que incluso afirman que el juego de informal es una estrategia premeditada para sensibilizar a la audiencia del cruce con fines engañosos, para luego sorprenderla con una fechoría. La exhibición de su condición de pobreza difícilmente es considerada honesta; por el contrario, la evalúan como una artimaña sensiblera.

Por otro lado, en el cruce de “Puerto Rellena” la concepción del rol del trabajador informal guarda relación con la necesidad de empleo, rebusque, pujanza, aprovechamiento de oportunidades, una forma de subsistir decentemente, etc. Es decir, las impresiones varían en la medida que se trata de personas del sector que hacen del trabajo informal una forma de subsistencia; incluso su forma de vestirse contrasta en algunos casos con el cruce de la Calle 5ª con 66. Decía un trabajador informal: “Aquí hay que rebuscarse, y para andar en la calle haciendo fechorías es mejor trabajar, ahí están ellos saliendo adelante sin hacerle daño a nadie, y como un trabajo más se visten bien y todo, para darle seriedad a las ventas”. Es decir, el vestuario no es una exhibición desprevenida, toda vez que se identifica una intención en el mostrar al otro, fundamentada en un ejercicio previo que ha analizado lo que el otro necesita ver para creer; si para el auditorio la apariencia harapienta es sinónimo de engaño, la indumentaria que utilizan los informales es de buena apariencia, queriendo con ello transmitir a su auditorio un mensaje de compromiso, del cual incluso algunos insisten en dudar.

Todo lo anterior juega un papel relevante en el proceso de identificar y a la vez diferenciar a un trabajador informal de personas que tienen otros roles, como el del potencial pasajero de bus, al cual se le percibe como expectante de la aproximación de cualquiera de estos vehículos ya sea en una esquina o paradero, reunido con otros en similares condiciones. Para la audiencia, la posición corporal, los movimientos para el abordaje del transporte, y las emociones, especialmente la condición de espera ansiosa, son decisivas para definir el rol del pasajero. En cambio, el trabajador informal, además de estar mal vestido, o de llevar indumentaria publicitaria de productos, debe estar haciendo algo; es



decir, debe estar en movimiento, en el agite de quien trabaja, así sea haciendo algo indiscutiblemente baldío. Lo esencial es que se le vea realizando actos, especialmente aquellos que connotan preocupación por el otro, sin importar si su acción no produce realmente ningún beneficio para quien es potencialmente su cliente. Por ejemplo, hay sujetos que con un palo que servía de mazo, apenas un bus de servicio público se detenía en el cruce se acercaban rápidamente a él, y golpeaban dos veces con el palo a cada una de las llantas del automotor, para finalmente llegar a la ventanilla del conductor y extender su mano en espera de “una moneda”. Toda su acción, realmente superflua, parecía querer decir: “Yo me preocupé por ti, evaluando el estado de las llantas de tu automotor; tú ahora preocúpate por mí regalándome una moneda”. Este caso extremo, pero frecuente, muestra que nuestra sociedad transmite un mensaje a todos: “El dinero hay que ganárselo haciendo algo, cualquier cosa”. O como dijo un informal: “Hay que sudársela para que la gente le colabore a uno”. Se trata, entonces, de la simple transacción comercial de cambio de sudor por pesos, que implica cuestionar moralmente a quienes “están frescos” o “quietos” a pesar de su condición de pobreza.

En conclusión, conservar la condición de peatón, pasajero o conductor es una tarea compleja en el cruce, pues no se puede dejar de considerar que como escenario ha sido transformado como espacio de interacción comercial, y cualquiera que pretenda asumir un rol como los anteriores deberá enfrentar a los comerciantes formales e informales, quienes justamente procuran un cambio intempestivo de su vivencia en el espacio público. Cualquier espacio público que tenga centralidad se comercializa. Esta es una verdad que se ratificó con este microestudio de los cruces. Los usuarios de estos puntos centrales de la ciudad reciben una enorme presión en el espacio público para constituirse en compradores de la variada oferta de productos y servicios que se brindan en esos lugares, por lo que su rol de usuarios del espacio público pareciera asimilarse al de cliente. Lejos nos encontramos aquí de la clásica visión griega del usuario del espacio público principalmente como un agente político. Este predominio del rol de usuario-cliente sobre cualquiera otra variante de rol, como el de usuario-agente político, además de obstaculizar la formación de un ciudadano que se perciba libre, autónomo, con capacidad y con el compromiso de tomar decisiones en favor de la sociedad, defensor de los derechos y deberes fundamentales de su ciudad, conlleva que se sostengan las condiciones de marginalidad y exclusión de un sector de la población, ya que torna el portar dinero una imperativo necesario que debe cumplir el ciudadano corriente para habitar el espacio público, cuestión que, como se sabe, para gran parte de la población es de enorme dificultad.

### ***Drama 3. El espacio público como escenario para satisfacer la necesidad de prestigio social***

Si hay un drama que mejor ilustra el carácter espectacular que tienen las acciones de las personas en el espacio público es este, el cual explica por qué resulta tan rentable la labor de los trabajadores informales, como también las formas de comportarse y de presentarse de las personas en este escenario. Si se analizan en detalle los servicios y productos concretos que ofertan los trabajadores informales se notará que estos no son realmente imprescindibles para los distintos usuarios del espacio público, además de que implican riesgos innecesarios para la economía y salud de ellos. ¿Por qué pagarle a un joven que ha limpiado el parabrisas, cuando realmente no se necesitaba? ¿Por qué comprar jugo de naranja a una persona que ha instalado un puesto improvisado en el cruce, si resulta altamente incierta la higiene en la preparación de la bebida? ¿Por qué comprar un casco para pasajeros de motos a los vendedores del cruce, si en los negocios formales me garantizan la calidad del mismo?

#### *Las ofertas de productos en los cruces de Cali*



Ciertamente lo económico del producto favorece su adquisición, así como el ahorro de tiempo que para el cliente implica conseguir un producto en las vías de la ciudad por donde acostumbra pasar, sin tener que desviarse a locales comerciales alejados o ubicados en zonas de alta congestión vehicular:

Sin embargo, los peatones entrevistados indicaron que en su acción de compra a estos vendedores se hallaban otras razones: “solidaridad”, “compasión”; “pesar”; “altruismo”; “ayuda a los menos favorecidos”, etc. Lo que resulta interesante destacar de estas razones es que consideran a los vendedores ambulantes como seres con carencias en contraposición de los otros usuarios del cruce, los posibles o reales clientes, los cuales se presentan en el escenario público con la eventual capacidad de contribuir con dinero al sostenimiento diario de quien se autodeclara con su quehacer laboral como “menesteroso”. El “parlamento” que los entrevistados citaron, en tono burlesco, de los vendedores ambulantes que no se quedaban en los cruces sino que circulaban por la ciudad viajando en los buses, ratifica lo preciso de la interpretación hecha de menesterosos que

requieren la ayuda de otros: “Buenos días, damas y caballeros. Con el permiso del señor conductor y con el respeto que cada uno de ustedes se merece les vengo ofreciendo estos deliciosos productos... me veo en la penosa necesidad de incomodarlos por la falta de trabajo en que me encuentro”. Los entrevistados identifican toda una caracterización histriónica por parte del vendedor, el cual debe hacer ver su necesidad, convertirla en un espectáculo, en un acto llamativo, para que logre un efecto en la audiencia, de tal forma que se convierta en su cliente.

Por tanto, en esta situación de oferta de servicios y productos de los vendedores ambulantes se articula un enunciado que se puede sintetizar en la siguiente frase: “¡Usted que tiene y puede, colabóreme, ayúdeme!”. Aunque es indiscutible que en esta circunstancia se observa la influencia del ideal moral de una sociedad cristianizada de “ayudar al semejante caído en desgracia”, y así lo entienden todos los involucrados, debe advertirse que en todo esto hay mucho más que un elogioso altruismo de las personas integradas al sistema; revela un infausto dispositivo social al que se ven sometidos algunos, de autorrebajarse, de mostrarse carentes, denigrados, relegados, para poder sobrevivir. Este dispositivo innegablemente beneficia la estima social de los que no son trabajadores informales. Los vendedores ambulantes parecieran estar dispuestos en el espacio público para satisfacer la voraz necesidad de prestigio social que tienen las personas en su vida en sociedad, a través del enunciado que transmiten con su labor a los clientes-transeúntes, y de las expresiones con que se dirigen a ellos: “Reinita, ¿qué se le ofrece?”; “¿me puede colaborar el señor?”; “mompita, ¿me deja trabajar?” “mi amor, ¿me va a hacer un chance?”; “¿qué se le ofrece al caballero? Aquí tenemos *lo que busca*”; “*madrecita, le limpio el parabrisas*!”. Señores, damas, amores, madres, reinas, mompas y caballeros son las personas que transitan por el espacio público para los trabajadores informales.

Los informales intentan dignificar su quehacer llamándolo “trabajo”. Así dicen al conductor de un bus público para pedirles permiso para subir: “Mompita, ¿me deja trabajar?”. Pero es difícil creer que logran su cometido de dignificar su labor, cuando en su “sitio de trabajo” (la calle o dentro de los buses) abordan a las personas con un lenguaje corporal que visiblemente connota sumisión, especialmente en el momento en que solicitan la “monedita”. Parte de su labor es expresar un lenguaje deferente, hasta el grado de la servidumbre, hacia “los del billete”. Estos son especialmente los que conducen autos particulares, pues ostentan uno de los símbolos más dicentes de poder adquisitivo en nuestra sociedad, el carro, por lo que, además, los peatones los consideran como aquellos “que se creen mucho y le tiran a uno el carro” o “los que irrespetan las cebras, las



normas de tránsito y conducen con agresividad”. Tal opinión contrasta obviamente con la que tienen los trabajadores informales, pues para ellos, desde el vendedor de cascos y chalecos para motocicletas hasta el vendedor de tarjetas de carga para celular, los de “el reto” son los conductores de automóviles, buses, taxis y motos; es a ellos hacia quienes

se dirige principalmente la oferta de servicios y productos, y es a ellos hacia quienes se enfoca un lenguaje deferencial de siervo-señor.

Ahora bien, la lucha por ostentar prestigio social en el espacio público se expresa en un lenguaje distinto del que entraña servidumbre de unos y señoreo de los otros: el de exhibidor-observador. Este otro lenguaje que hace de la calle una especie de pasarela se nota especialmente con el paso de las mujeres bellas de sensuales formas, las cuales comúnmente son saludadas, piropeadas de muchas maneras. Pero no es el único caso, y no necesariamente se realiza de manera consciente. Todos los peatones son exhibidores en la pasarela calle; sólo que algunos intentan pasar desapercibidos, y otros en cambio se esfuerzan por “llamar la atención” luciendo accesorios personales o una indumentaria que refleja éxito social económico, o por lo menos que el sujeto no se halla en los márgenes de los excluidos de la sociedad.

En la Calle 5ª, las observaciones registradas muestran que ocasionalmente pasan personas del segundo grupo (los portadores de insignias de prestigio social); con mayor frecuencia que en “Puerto Rellena”, en que el grupo casi exclusivo es el primero (los que no portan insignias de éxito social).

Ambas circunstancias es probable que se deba a las zonas en que se encuentran los cruces, pero el hecho de que en ambos cruces predominen las personas con una indumentaria informal quizás se deba a los imaginarios sociales de quienes podrían ser los observadores del transeúnte-exhibidor: algún delincuente. Los delincuentes parecieran estar cumpliendo una función normalizadora, homogeneizadora, en el espacio público. Por miedo a los ladrones —eso lo sabe toda persona que vive en la ciudad— se debe procurar no portar objetos valiosos y muy visibles: relojes caros, zapatillas de marca, celulares de última generación,

carteras de lujo, etc., pues los malhechores asaltan a los sujetos que ostentan esos lujos y les quitan precisamente los símbolos de prestigio social que carga la víctima y que las coloca por encima de las demás personas, en un contexto social en el que el alto poder adquisitivo es muy bien valorado y sólo muy pocos pueden alcanzarlo. Quien quiera estar tranquilo en su travesía por la calle, y si las circunstancias se lo permiten, debe “andar lo más sencillo posible”; esa es la lección que enseña la delincuencia. Y esta lección parecía tenerla muy presente la mayoría de los usuarios de los cruces, pues la informalidad en el vestir era la moda predominante, especialmente, como ya se dijo, en el cruce de “Puerto de Rellena”.



## Reflexión final

Los resultados obtenidos en este microestudio permiten destacar varios aspectos de la vida social que acontece en los cruces como espacios públicos.

- a. *La variabilidad y fluctuación de roles en el espacio público.* Las acciones que acontecen en los cruces hacen de estos escenarios contextos de actuación de características distintas: una vía de paso; una zona de espera; un espacio de exhibición; un punto de compra de servicios y productos; un lugar de trabajo; un puesto de ayuda para los marginados del sistema; y un sitio estratégico para visibilizar desgracias personales y reclamar la reivindicación de derechos sociales fundamentales. A estos contextos de actuación que fueron directamente registrados con la observación cabe agregarles otros de muy probable emergencia en los cruces analizados: punto de encuentro de amigos o conocidos; zona de acción de la delincuencia, entre otros. Esta multiplicidad de contextos de actuación a los que se ven expuestos los usuarios del espacio público conlleva que permanentemente estén desarrollando roles distintos, en ocasiones antagónicos, circunstancia que cuestiona la conceptualización del rol desde una perspectiva relacional trascendente o estructural, según la cual las interacciones suscitadas son consecuencia de reglas rígidas o de convenciones inflexibles preexistentes, independientes de las interacciones cotidianas del individuo. Por el contrario, se observó cómo

las interacciones eran consecuencia de una producción tiempo-espacial, con un patrón inmanente a los encuentros y a los usos de los espacios urbanos, incluso en contradicción absoluta del diseño urbanístico. Es decir, se identificó un universo inagotable en la interacción de los transeúntes caracterizada por su dinamismo, movilidad y variabilidad, tanto en el espacio como en el tiempo, y las conductas de los sujetos se definen en la misma interacción. Los transeúntes asumían diferentes roles a la vez, rompiéndose así la idea de continuidad y univocalidad de las conductas de los sujetos. La tradición psicológica hace del comportamiento de los individuos unidades relativamente armónicas, constituidas desde una estructura subjetiva estable, inmóvil, formal, casi ritualística. La investigación mostró una condición subjetiva que se ve continuamente afectada por las expectativas del transeúnte-auditorio y por las interacciones establecidas en condición de fluctuación y de espontaneidad en el escenario público. La condición clásica del rol que implica predictibilidad de las conductas asociadas a éste, es superada en los espacios públicos en la medida que no hay una serie de conductas o intervenciones siempre asociadas a los ciudadanos que habitan el espacio público. El rol de un ciudadano depende del momento, la circunstancia, el contexto específico en el que se encuentre el sujeto. El que la conducta tome una forma u otra también depende de lo adoptado y hecho por diferentes personas en un momento específico en función de las formas que la dinámica relacional propone, así como de la atención e interpretación que realizan observadores externos a un individuo.

- b. *La condición agonística imperante en el cruce.* Los datos mostraron que el espacio público se constituye, sin lugar a dudas, en un contexto de constante lucha por los derechos, bienes, servicios y posibilidades que oferta. Conductores y peatones riñen por el derecho de transitar por la vía, con notable desventaja en fuerza y oportunidades para los segundos; los trabajadores informales batallan entre ellos y con los trabajadores formales por la búsqueda de oportunidades para conseguir dinero para su sostenimiento diario, arrancándoselas al sistema, aprovechando que en los cruces se introduce a la fuerza un corte en la circulación de los integrados a la sociedad; los trabajadores formales –empleados de locales, conductores de buses, taxistas– compiten por los clientes potenciales o efectivos dispuestos en el cruce; los usuarios del espacio público también rivalizan por granjearse, aunque sea momentáneamente, el reconocimiento y respeto de los otros; transeúntes y conductores pugnan además por los sitios estratégicos más convenientes del espacio público para esperar, para descansar, para estacio-

nar el carro, para observar lo que en el cruce acontece, etc. Son entonces innumerables y constantes las batallas que se observan en los cruces y que explican la común visión del espacio público como “una selva de cemento”, en el que suele triunfar el “más fuerte”. Pero debe decirse que esta característica agonística que tiene el espacio público, fuera de entrañar un aspecto inherentemente negativo que los usuarios deben soportar, y saber sobrellevar, hace de este espacio el escenario ideal para que el ciudadano colombiano corriente aprenda a lidiar con el conflicto, como una cualidad constituyente de toda interacción humana, en un contexto nacional en el que la violencia y la agresión son la norma.

- c. *Visibilidad y anonimato de los actores de los dramas urbanos.* El predominio del factor económico en el espacio público se confirma igualmente en un rasgo que caracteriza a los actores de los dramas urbanos que acontecen en los cruces: su visibilidad e invisibilidad. Nuestra propia experiencia como usuarios de la calle, como investigadores que se introdujeron en el contexto físico objeto de investigación, y las maneras como las personas entrevistadas referenciaban a los otros sujetos que designábamos, confesando que desconocían su identidad, señaló que el anonimato era sin duda un rasgo que definía a casi todos los actores que transitaban por el espacio público, sin que este rasgo implicara fatalmente su relativa “invisibilidad” social. Es decir, se encontró que había personas que en un momento determinado se tornaban muy visibles para el resto de los sujetos presentes en el cruce, aunque aquellos fueran personajes desconocidos en sus identidades. En el espacio público se notó la lucha de algunos por hacerse visibles de los otros, especialmente de los usuarios reconocidos como pertenecientes a los extremos de la escala socioeconómica de la sociedad, los más pobres y los más ricos; los primeros, ante todo los informales, se hacían notar a la fuerza colocándose hasta en los lugares más insólitos del cruce para que pudieran ser vistos por los segundos, quienes andaban en carros de lujo, abordados en masa por los vendedores ambulantes. El grado de visibilidad de las personas más pobres se advirtió mejor con el espectáculo que daba el tránsito de los diferentes y excluidos, especialmente los indigentes y recicladores, cuya presencia en el espacio público era percibida con notable preeminencia por todos los demás usuarios, que seguían su paso por el cruce con algo de desconfianza y de extrañeza. De este manera, el factor económico parece constituirse en un aspecto determinante para el grado de visibilidad e invisibilidad de los usuarios del espacio público: estar en los extremos de la escala social es hacerse visible; y en cambio, pertenecer a las clases medias es invisibilizarse en los uniformes, en las ropas comunes y en los accesorios

de adorno pocos vistosos. Pero debe advertirse que a quienes se les identificaba como envueltos en esta lucha por la visibilidad no se les veía como necesariamente apuntando a concretar una salida a su condición de seres del anonimato. Sus esfuerzos parecían querer combinar dos aspectos hasta cierto punto contradictorios: visibilidad y anonimato. Los conductores de carros de lujo, por ejemplo, parecían estar reclamándoles a los demás su mirada por el vehículo extremadamente llamativo en que andaban; sin embargo, su desplazamiento por las vías lo hacían con ventanas cerradas, con vidrios polarizados, y con una actitud displicente hacia los sujetos que se les acercaban, lo que mostraba su poco interés por ser conocidos, como si el anonimato fuera también otro de sus bienes deseables que debían de cuidar.

En conclusión, este microestudio ratifica la existencia de entramados simbólicos que organizan y orientan las acciones de los usuarios del espacio público que resulta imposible analizar e identificar con las lecturas conductistas que realizan estudios funcionales de antropología urbanos. Innegablemente, con una visión conductista, centrada exclusivamente en caracterizar las acciones concretas y visibles que los sujetos realizan, se logra efectuar análisis de la realidad urbana con los que se pueden sugerir políticas para transformar las vivencias cotidianas en la ciudad. Sin embargo, dicha perspectiva sólo lleva a modos de acercamiento moralizantes de la fenomenología ciudadana, que no nos permiten aprehender el significado de experimentar la vivencia cotidiana en la ciudad, ni encontrar visos de respuesta a preguntas existenciales fundamentales que la academia no debe descuidar, a saber, quiénes somos como nación, por qué somos como somos, y qué determina nuestras maneras de pensar, actuar y sentir.

## Referencias bibliográficas

- CANCLINI, Néstor (2000). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- CEICOS (Corporación Centro de Estudios, Investigación y Comunicación Social). *El cruce* (1998). *Usos y comportamiento ciudadano. Observatorio de cultura urbana*. Bogotá: Editorial CEICOS.
- GOFFMAN, Erving (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.



- MONCAYO, Eduardo (2010). *Dramaturgia urbana en el espacio público de dos cruces viales de la ciudad de Cali: una lectura desde el construccionismo social del espacio antropológico urbano*. En: *Psicología Social Crítica: Aportes y aplicaciones*. Cali, Colombia: Universidad del valle.
- NIÑO, Carlos y CHAPARRO, Jairo (1997). *El espacio público en algunos barrios populares de la Bogotá actual*. En: *La calle lo ajeno, lo público y lo imaginado*. Bogotá, Colombia: Documentos Barrio Taller.



El libro recopila los resultados y las conclusiones de dos proyectos de investigación en los que se pretendió analizar las características, los usos y las apropiaciones ciudadanas de dos escenarios específicos del espacio público de la ciudad de Cali: los cruces y los parques. Las dos investigaciones se organizaron desde esta tesis: el *ethos* político de una comunidad urbana occidental es un resultado directo de los valores morales, de la visión de justicia, de las prácticas sociales consolidadas, de las estrategias argumentativas y de los fenómenos políticos que han ocurrido y siguen ocurriendo cotidianamente en los espacios públicos de sus ciudades.

Los dos proyectos sugieren que debe hacerse de la cuestión urbana una clave epistemológica determinante de la manera de proceder, conceptuar e investigar del psicólogo, pues en los espacios públicos de una ciudad existe todo un entramado simbólico, cultural y social que puede ser absolutamente esencial en la educación sentimental que constituye la idiosincrasia que define a los sujetos.



ISBN: 978-958-8436-30-2

